

## Acta II

# PAPEL EN CÓRDOBA

Eduardo Mármol Bernal

*“Las grandes obras las sueñan los genios, las realizan los intrépidos, las disfrutan la buena gente y las critican los inútiles crónicos”.*

*Proverbio árabe*

Este es el texto de este magnífico proverbio árabe, que sintetizaba los aspectos destacados de la singular exposición “Las Edades del hombre en Castilla y León”, desarrollada entre 1988 al 1993.

Durante muchos siglos se ha cuestionado por muchos historiadores la influencia de la cultura árabe en España, considerándola hasta hace poco como un período oscuro y negativo, tratando de ocultar a los grandes intelectuales del Islam, aduciendo en muchas ocasiones que no fueron árabes, que el sinónimo de musulmán era el de una persona incivilizada, que no poseían una cultura propia y que llegaron a nuestras tierras completamente bárbaros, que muchos de los inventos que hoy se les atribuyen junto con las ciencias, todo ello lo aprendieron de sus conquistadores de los pueblos asiáticos. No diferencian la civilización del Al-Andalus con el resto de Europa, sumida en la ignorancia y en la superstición, ajena a los pensamientos de los autores del pasado y mediatizado por el teocentrismo de la Iglesia.

Durante muchos siglos, la verdad –dentro del contexto de la política eclesiástica– sólo podía concebirse por la fe (en oposición a la verdad). Tuvo que ser un filósofo cordobés Averroes, que fue muy sig-

nificativo en el dogma del conflicto entre la fe y la razón, resuelto virtualmente por el gran teólogo Tomás de Aquino, el cual estudió en la Universidad de Nápoles (fundada por Federico II en 1224, gran enamorado de la cultura árabe y que fascinado se rodeó de un selecto grupo de eruditos judíos, musulmanes y cristianos que se dedicaron a traducir las obras árabes al latín).

Hoy, en los albores del siglo XXI, se reconoce la valoración de la cultura andalusí, durante los siglos VIII al XI debido a la expansión cultural, la propia lengua árabe como medio de expresión intelectual, que los pueblos no musulmanes como los judíos y cristianos emplearon el árabe. En determinados momentos históricos existe una unidad de pensamiento y una gran perspectiva intelectual que rebasó con creces las fronteras étnicas y religiosas. De éstas en multitud de ocasiones se pudieron superar las tensiones sociales, las crisis económicas y las vicisitudes políticas habidas.

La progresión expansiva del Islamismo y su entronque con otras culturas origina una abundante cultura científica: la Geografía, la Astronomía, las Matemáticas, la Medicina y las Ciencias Naturales, que cuentan con grandes cultivadores entre los árabes. La escuela de filósofos e historiadores hispanoárabes ejerce en la cultura occidental una importancia clave.

La consecuencia lógica de este apogeo es también la espléndida floración literaria que se despertó en la gran afición a la lectura y a los libros. Estos se

favorecieron con la difusión de varias circunstancias, como el carácter cursivo de la escritura árabe, comparable a la taquigrafía, que abarataba la mano de obra y el empleo desde muy antiguo del papel de pasta, mucho más barato que el propio pergamino. Además, lo esencial era la forma de vida que tenían tan especial los musulmanes, sin asambleas políticas, sin teatros, sin academias, como vivían los griegos y los romanos. De esta manera el libro era el único medio de instrucción entre ellos.

En el Al-Andalus se puede decir que existió una ósmosis, un dar y un recibir, pues los propios andalucés eran como otro estado árabe independiente o semi-independiente, que se habían separado en un momento u otro del imperio árabe y del cual se enorgullecían de pertenecer a la corriente principal de la cultura islámica. Eran realmente un estado independiente gobernado por califas omeyas, mientras que el “Imperi Árabe”, estaba gobernado por abasíes.

En esta época de gran florecimiento de Córdoba, debía de tenerse la impresión de que la vida apenas podía ser distinta de lo que era. No es que no existiese la pobreza y el crimen, pero no existía la carencia de bienes de primera necesidad. Estaríamos sorprendidos del ritmo “*sui generis*” que tenían en todas las manifestaciones de la vida. Para los habitantes el mundo estaba dividido entre “mundo del Islam” y el “mundo de la guerra”.

La documentación para establecer esa diferenciación fue estudiada por Claudio Sánchez Albornoz, en sus “Ensayos sobre historia de España”, quien nos narra los hechos ocurridos en el reinado de Alhaken. Este nos dice: los cordobeses de principios de la centuria nona tuvieron a Alhaken I por impío, pues éste gustaba de la vida... y del buen vino..., y aunque cumplía con sus deberes religiosos y honraba y reverenciaba a los faquíes o teólogos, no les dejaba intervenir en el gobierno. Doble crimen el de practicar una religión y apartar al clero de la vida política.

Los faquíes predicaron contra el Emir a los cordobeses conversos, y éstos, sacudidos por la extraña manera de sentir en sí mismos a la divinidad, escucharon sus palabras de odio. Y dieron cabida en sus corazones a la más violenta saña contra el emir, anticlerical, despreocupado por los asuntos importantes de la ciudad y a quien le placían los deliciosos vinos de la tierra y las cacerías. Cuando les veían pasar por entre ellos, a través de esas calles estrechas de la vieja Córdoba, le gritaban: “Ven a rezar, borracho”.

Un día un cordobés que le insultó, en su cara, en

la Mezquita, fue aplaudido por el pueblo. Y otros le tiraron guijarros a su paso, de esta manera se fue sembrando una violencia que una mañana del mes del Ramadán del año 814, (mes de ayuno y de plegarias para los musulmanes), a causa de la violencia ejercida por un soldado de la guardia del Emir, se originó la revuelta. Las masas populares se lanzaron contra el tirano borracho, impío y libertino. Se armaron como pudieron en un “abrir y cerrar de ojos”, y se encaminaron furibundos y coléricos, contra el Alcázar emiral. Los cordobeses, cristianos de ayer, en rebelión contra el Emir fueron aplastados por éste y hubieron de salir en tres días en su patria al otro lado del mar, a Africa, unos desembarcaron en Marruecos y poblaron Fez. Pero los más, hasta quince mil hombres con sus mujeres y sus hijos llegaron a Egipto, para luego combatir contra los beduinos que los vencieron y se establecieron en Alejandría donde se mantuvieron hasta el 826, para finalmente embarcar de nuevo rumbo a Creta, sometida aún al imperio Bizantino. Se apoderaron de la isla y siguieron sobre ella durante más de un siglo. Sólo en 961 aquellos nietos de cordobeses piadosos y fanáticos fueron por segunda vez vencidos por los griegos perdiendo el señorío de aquel viejo hogar de la civilización mediterránea. Esto implica una esencia dentro de una estructura funcional entre hombres enérgicos, con voluntad que implican una forma de proceder superior a la muchedumbre vulgar.

Según Ortega: Unos individuos absolutamente heterogéneos a la masa no producirían efecto alguno y sus obras resbalarían sobre el cuerpo social de la época sin suscitar en él la menor reacción, por tanto, sin insertarse en el proceso general histórico. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro. Así eran los cordobeses.

Ya en el siglo X, la ciudad de Córdoba, según nos cuenta Anwar G. Chejne, poseía hospitales, universidades, maravillosas mezquitas, palacios, bibliotecas, baños públicos, hermosos jardines y paseos, que incluso aventajaban a Constantinopla. Y según Menéndez Pidal, a Córdoba se peregrinaba en busca de ciencia. Aquí estuvo el célebre monje Gerberto de Aurillac, que luego fue el Papa Silvestre II para comprar libros. La ciudad adquirió una gran importancia por su gran mercado de libros que eran mucho más baratos que los libros entre los cristianos, por el empleo quizás de papel, y por su rapidez de las copias existentes, también por su encuadernación a través de la industria de sus famosos cueros estampados y dorados, “los cordobanes”.

Así el califa rodeó su corte con sabios, no sola-

mente cordobeses, sino traídos de los más diversos lugares de Al-Andalus y de otros países, la cultura de Córdoba empezó a brillar con luz propia, traspasando todas las fronteras. De esta manera pudo reunirse una biblioteca con más de cuatrocientos mil volúmenes de todo tipo de publicaciones. Para su creación el califa ordenó la compra de grandes cantidades de libros a través de todo el Islam. Estos llegaban traídos desde Alejandría, El Cairo, Bagdad, Damasco y un sin fin de lugares donde se podían adquirir los manuscritos. En el palacio de Al-Haken, donde vivían numerosos escribas, correctores y encuadernadores; se hacían traducciones de los clásicos griegos al árabe. Esta célebre biblioteca sufrió después de abundantes saqueos e incendios su extinción ya con la caída de la dinastía en 1.031 y dejó de existir. Solo se conservan manuscritos minados islámicos de Al-Andalus de siglos posteriores.

Las vicisitudes históricas han hecho desaparecer los restos que hubieran podido llegar hasta nosotros de tales bibliotecas, cuya importancia sólo puede igualarse actualmente por la brillantez conservada de escritores hispano-musulmanes. El fanatismo religioso de la plebe destruyó ya muchos libros en algaradas que se produjeron en los mismos días del califato. Siguiéron, a fines del siglo XI, las invasiones de fanáticos pueblos africanos, enemigos de los filósofos, y en general de las clases cultas, tachadas de heterodoxia, y también en estas circunstancias los libros fueron víctimas de la barbarie de los triunfadores. Y finalmente, al término de la Reconquista, después de la caída del reino de Granada, hubo una destrucción masiva de libros árabes, decretada por el cardenal Cisneros y Juana la Loca, con el fin de apagar, completamente el rescoldo de la dominación árabe.

Las colecciones de libros árabes actualmente existentes en España, como la del Escorial, se han formado posteriormente y proceden, en su mayoría de Oriente o de Africa. No se conoce a ciencia cierta el origen de los libros árabes de la biblioteca del Escorial. Pero la mayoría de los que se conservan proceden del apresamiento de una nave en la que viajaba la biblioteca del sultán marroquí Mulai Zairan en 1612.

Cuando Almanzor se hizo cargo del poder, intentó congraciarse con los alfaquíes que eran intolerantes en materia religiosa, y ordenó hacer una limpieza en la fantástica biblioteca del Al-Haken II, considerada como la más importante y mayor del mundo conocido. Almanzor con los príncipes alfaquíes fue a la biblioteca de Al-Haken II para hacer limpieza de los libros que no eran del agrado de aquellos, orde-

nó que le fueran traídas las obras que versaran sobre lógica, astrología y otras materias de los antiguos, exceptuando los que trataran de medicina, tradiciones proféticas y otros los cuáles mandó que fueran destruidos y quemados, los más y el resto, tirados en los pozos del palacio califal, cubriéndolos después con tierra, si bien dice una cita del Tabagat Al Uman de Said de Toledo, recogida en la Crestomatía de Asin, que los libros quemados o arrojados a los pozos fueron sustituidos por otros ejemplares de diversas clases.

Durante las revoluciones en Córdoba y en los albores del siglo XI se perdieron auténticos tesoros bibliográficos en los incendios y saqueos de los grandes palacios y casas señoriales, llegando muchos de estos nobles a tener que vender sus importantes bibliotecas. De todas maneras Averroes nos dice que a pesar de tantos robos, saqueos y ventas, en los finales del siglo XII, Córdoba es la ciudad que poseía más libros. Más tarde estos mismos libros fueron traducidos a su vez al latín y muchos autores clásicos célebres fueron conocidos por estas traducciones en la Europa medieval, como Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Fue en Toledo, después de la caída de los omeyas, donde radicó la famosa escuela de traducciones.

Los principales centros intelectuales que se encontraban situados en Córdoba. La cultura se difunde a través de un sistema de escuelas privadas y la práctica de la lectura, escritura y el estímulo de formación de las bibliotecas. La literatura del Al-Andalus no solo se fundamentó en su homónima oriental, sino que además fue constantemente reforzada, como lo demuestra el hecho de la llegada de una serie de emigrantes del imperio abdersí de Bagdad, con unas peculiares formas de pensamiento y vida traídas al reinado de Abdal-Rahman II (822-852) que influirán en varios aspectos de la vida y cultura en Al-Andalus.

Esta se expandió por Sevilla, Toledo, Zaragoza, Granada, Málaga, Almería y Guadix aunque llegaban a las aldeas y pueblos pues contaban ya con escuelas según el historiador Hipólito Escolar en "El libro en Al-Andalus". En árabe la palabra libro "kibab", procede de la raíz "kataba", que significa escribir y utilizaban indistintamente el papiro, el pergamino y el papel que se generalizó en perjuicio del papiro.

Las publicaciones podían ser tomadas por un secretario o persona escogida por el autor que elaboraba una copia, que normalmente se obsequiaba a uno o a varios mecenas para ser recompensados. Estas denominadas copias tenían gran considera-

ción social, incluso más que el propio original del autor, a continuación se contaba con las copias autorizadas con la ichaza o licencia, dada por el propio autor que garantizaba la corrección del texto conseguida mediante el cotejo, con otros textos autorizadas la realizaba el copista librero.

La labor desarrollada por los copistas, warrag, fue muy importante para la difusión de los libros, estos unas veces trabajaban autónomamente y otras por encargo, contratados por otros copistas que eran como editores y libreros a la vez, para venderlas a potenciales compradores. Al mismo tiempo compraban bibliotecas y libros usados. En época de Al-Haken II, en la parte del arrabal occidental (Chanib Al-Garbi), se ganaban la vida más de 170 mujeres copiando los manuscritos, publicándose en la ciudad al año más de sesenta mil volúmenes.

Como señala Hassan Massonudy, en *Calligraphie*, “La caligrafía no es sólo la fijación de un texto, sino también una composición abstracta que expresa una concepción del mundo”. El calígrafo necesita muchos años de aprendizaje y tiene que asimilar toda la literatura relacionada con su arte”. Debe hacer ejercicios copiando a los grandes maestros. El descubrimiento de sus riquezas, contribuirá a afinar su visión estética... “El calígrafo aprenderá, a lo largo de su formación, a dominar su respiración, entre otras cosas y antes de caligrafiar una letra o una palabra, hay que prever los lugares dónde podrá recobrase el aliento, y así aprovechar la ocasión para coger más tinta”. Buscará en lo más profundo de su ser, su propio camino, y por ello todo su cuerpo debe participar en el acto calígrafo y debe de estar de acuerdo con su mente.

El libro poseía un protagonismo especial al servir de fuente de información y conformador de los condicionamientos sociales de una importante vida urbana, en contraposición a la vida rural desarrollada en el resto de la Península, muy atrasada culturalmente. Servía para establecer las características comunes, compartidas por una sociedad compuesta de pueblos diversos, con tradiciones distintas y niveles culturales muy diferentes entre sí y establecidos en una extensa zona geográfica.

Los libros además de los religiosos, sobresale la difusión de la poesía árabe y el pensamiento filosófico y científico, elaborado a partir de las importantes traducciones, los análisis de estudios comparativos de las diferentes culturas y a creación de los textos propios, todo lo cual denota la gran trascendencia cultural que se desempeñó en el mundo árabe a nivel internacional durante la época musulmana. Este se convirtió en una obra de arte, por su

calidad en la ornamentación y su bella caligrafía de la escritura árabe. Siendo los autores muy meticulosos en las buenas ediciones.

Los autores árabes eran muy prolíficos al mismo tiempo que impartían clases, viajaban y leían. En este sentido, destaca el hecho que se atribuye al Tabarí, autor de voluminosos y renombrados comentarios coránicos, que escribió cuarenta páginas diarias durante cuarenta años; del egipcio Al-Suyutí, que compuso alrededor de 600 libros y del cordobés Ibn Hazm (944-1063) autor de “El collar de la Paloma”, que escribió cerca de 80.000 páginas. Esta amplia producción era muchas veces consecuencia de que muchas de estas obras eran el resultado de la acumulación de materiales de otros autores, como se aprecia en la obra del historiador Ibn Hayyan titulada “Mugtabis”, que significa “tomar candela en fuego ajeno” para indicar que había utilizado textos ajenos en la composición de su libro.

El “Magrib” de Ibn Said (traducción de Ribera), nos cuenta la importancia que tenían los libros en una de las subastas que trascibimos:

“Estuve, dice el bibliófilo Al-Hadramí una vez en Córdoba y solía ir con frecuencia al mercado de libros por si encontraba en venta uno que tenía vehemente deseo de adquirir. Un día, por fin, apareció un ejemplar de hermosa letra y elegante encuadernación. Comencé a pujar, pero el corredor que los vendía ofrecía mayor precio. Fui pujando hasta llegar a una suma exorbitante, muy por encima del verdadero valor del libro bien pagado. Viendo que un señor pujaba más, me acerqué a él y le dije, –no pujaré más, hemos ido ya pujando y subiendo demasiado–. A lo cual él contestó, –para que usted vea, ni siquiera me he enterado de qué trata el libro, pero como uno tiene que acomodarse a las exigencias de la buena sociedad de Córdoba, se ve precisado a formar una excelente biblioteca”.

Según la historiadora egipcia y residente en Córdoba, Salma Al Farouki, el papel fue conocido por los árabes en el siglo VIII, cuya tesis comparto con ella, por la importancia primero de la cultura existente, la proliferación de los libros ya mencionados, el carácter antropológico de los cordobeses en los gremios, trasladado seguramente a posteriori a Toledo, y la influencia del río. Este constituía el medio de transporte de la mayor parte de la mercancía necesaria para el abastecimiento y la industria. En las llanuras circundantes, en tierras de regadío, se cultivaban cereales y otros productos necesarios para la ciudad. La demanda urbana y la relativa facilidad de comunicación proporcionaron métodos de organización. El río era muy importante y

seguramente debieron de existir varios molinos para la producción de papel en pequeños talleres.

En la mayoría de los casos el comercio del papel lo desarrollaban los comerciantes judíos, los cuáles aceptaban depósitos y facilitaban préstamos. Estos tenían corresponsales o clientes en otros puntos y giraban un sistema de letras a su cargo o emitían cartas de crédito. Existían unas leyes y normas de moral social reconocidas por todos, con un comportamiento común.

No es difícil imaginarse el río Guadalquivir con sus molinos de agua; las ruedas hacían moverse varios pesados “batanes”, que, impelidos por el constante discurrir del agua, desmenuzaban la materia prima –trapos de lino y de algodón, sogas y otros semejantes– y la convertían en una fina masa o pasta de papel, que después se vertía en una “tina”. En esta se sumergía el molde que daba forma a las hojas, un maco de madera con una red tensa de alambres de latón, con un fieltro se enjugaba la hoja y después era prensada, se le aplicaba harina y almidón, para de esta manera hacerla resistente a la escritura y con la crin de un caballo la pasaban por

las dos caras del papel, para que una vez secadas frotarlas con una piedra pulimentada. Los alambres de latón del molde dejaban rayas en el papel que más tarde podían verse claramente al mirarlos al trasluz, y pronto se comenzó a torcer algunos de los alambres de forma que compusieran figuras, las luego llamadas filigranas; que con frecuencia se añadían el nombre o las iniciales del fabricante. En el siglo XIII aún se vacilaba en el nombre “pergamino de trapo”, “pergámino de papel”.

Parece ser que la calidad del papel fabricado en Córdoba, superó al de China, porque se cuidaban mucho los detalles. Hoy para nuestra desgracia no contamos con ninguna muestra ni con ningún aporte de tal afirmación, ningún molino que fabrique papel.

Mi pensamiento pretende dar idea del pasado de mis generaciones, intentando provocar una visión de lo que fue la ciudad más grande de occidente. Lo demás todo puede ser asumido.

*Eduardo Mármol Bernal.  
Córdoba 1997*